



SCHELLEMBERG HIZO REPIQUETEAR EL SOLIS

El miércoles por la noche, el Solis se convirtió en un templo sagrado de la música que nos identifica en el mundo: el candombe. Jorge Schellemburg y su nueva banda brindaron un espectáculo brillante; es más, se podría decir que fue perfecto, para dar una idea de dicha presentación.

Schellemburg dijo: «Las canciones que integran este espectáculo fueron seleccionadas en forma totalmente arbitraria por mí, y soy consciente de que muchos temas y también muchos autores que no están comprendidos en este repertorio deberían estarlo, por toda la música que nos han dado». A continuación, agregó: «Este recital significa mucho para mí. Significa cantar canciones que aprendí de chico, canciones que me hicieron mucho bien, canciones que siempre tuve ganas de cantar. Junto a ellas, quiero dejar un abrazo enorme para todos los músicos uruguayos que tuvieron o tienen algo que ver con el candombe beat».

El ascendente e imaginativo músico uruguayo tuvo una noche inspirada, como ya lo observáramos en el espectáculo de Djavan, proponiéndose metas cada vez más exigentes, después de cumplir notables labores. Se presentó en calidad de invitado en el recital de Djavan, logrando la aclamación unánime de los asistentes y el miércoles pasado el Solis, de pie, lo aplaudió reconociendo el esfuerzo del artista, que dejó todo en el escenario.

Jorge Schellemburg arriba del escenario posee una postura por fuera del estereotipo de los cantantes de moda, que por medio de la televisión fácilmente podemos identificar. El, sin asumirlo, se presenta como antitesis de ese modelo, con personalidad, que cuando se dirige al público no le pesa para nada, pero tiene eso tan característico de Uruguay, eso que es nuestro, esos túbicos, muletillas, que no son de ninguna forma inseguridad, sino parte de nuestra idiosincrasia. Por esto mismo resalta su postura, su oratoria verdadera, sin matices chauvinistas, que no necesita una muchedumbre enfervorizada como público para inspirarse, sino gente que pueda interpretar su música.

LA BANDA SE COMPLEMENTO MUY BIEN

Una mención aparte merece su nueva banda, que sonó de forma compacta en todas sus líneas, promedio de veintipocos años de edad y a pesar de que hace poco están ensayando juntos, parecía que lo hacían desde hace años. Guillermo Hill (guitarra) cumplió gran labor, teniendo solos excelentes y siendo muy buen complemento, al igual que Ricardo Gómez, batería, Federico Righi, bajo, Mauro Pérez, teclados, y sería injusto no destacar lo del joven valor, Santiago Gutiérrez (saxofón), quien posee una sensibilidad cargada a flor de piel y con sus melodías causó sensación, demostrando una vez más ser un músico con notables condiciones. Pamela Castro y Gabriela Gómez, además de acompañar bien en los coros, cantaron cada una un tema y ¡Dios mío, cómo cantan! En voces aportaron lo suyo, la simpática Lea Bensasson (una genial, productora y cantante) y César Martínez, con su buena onda, algunas bufonadas que hicieron las delicias del público; otro genio. Y por último, el sonido fue brillante: Oscar Pessano cumplió una gran tarea, dignificando su labor.

A propósito del público, pareció adormecido durante el «show» (la causa del letargo: la fascinación que causó, no hay otra explicación), para despertar en el último tema, y pedir de pie, aplaudiendo a rabiar, un bis que no se hizo esperar. El final nuevamente apoteótico, una lona de tambores bajó del escenario hacia la platea, terminando esta vez en la explanada del teatro. Excelente final para una noche en donde el candombe beat fue el gran triunfador.

Pablo Fraga

